



Organizaciones del barrio y organizaciones en el barrio

PEDRO TRIGO, S.J.

Acciones organizadas y organizaciones

Las acciones organizadas son operativos que se montan para hacer frente a alguna necesidad apremiante: resolver problemas del barrio (calles, escaleras, agua potable, cloacas, electricidad...), enfrentar desastres naturales, afrontar problemas de convivencia, tomar decisiones políticas... Pasada la emergencia, estas acciones desaparecen. Son características de la primera fase del barrio y aportan una ayuda eficazísima en las operaciones de ocupación, diseño, defensa, construcción provisional y consolidación. Pero también pueden constituirse cuando por causas internas o externas se alteran las condiciones existentes y se pone en peligro la cotidianidad adquirida o es preciso pasar a nuevas condiciones o recrear el equilibrio.

Podemos distinguir dos tipos de organizaciones barriales: las organizaciones del barrio y las organizaciones en el barrio. Llamamos organizaciones del barrio a las autogestionadas democráticamente por los vecinos, y organizaciones en el barrio aquellas en las que los vecinos son meros receptores de sus servicios o a lo más

correa de transmisión de directrices, pautas organizativas, e incluso organizaciones de la ciudad en el barrio. Puede acontecer que organizaciones en el barrio se transformen en organizaciones del barrio; aunque más frecuentemente sucede que organizaciones genuinamente barriales son coaptadas por el sistema y al cabo son organizaciones en el barrio.

En general, hay que reconocer que las organizaciones de los barrios son débiles y tienden a resquebrajarse, aunque vuelven a resurgir de nuevo. Las razones que se alegan para explicar esta penuria organizativa son la manipulación, la lentitud del compromiso, la inconstancia. Una constatación pertinente que conviene tomar en cuenta para explicar la mayor o menor durabilidad de los grupos es que, si no se ha luchado por algo, se deja fácilmente.

Suele acontecer con frecuencia que en el inicio de asociaciones y grupos barriales se encuentre alguna o varias personas con algún grado de diferencia o exterioridad respecto del barrio. Estas personas pueden fungir como inspiradores y gestores de la organización o al menos como catalizadores.

Un aspecto que es preciso tener en cuenta en los grupos y las organizaciones es la ambigüedad inherente a la realidad histórica. Nada es absolutamente puro; lo bueno y lo malo se dan simultáneamente

Una propensión, tanto de las organizaciones del barrio como de las organizaciones en el barrio, es el dirigismo que ocurre cuando la gente se descarga en el líder y él toma en sus manos la organización hasta casi absorberla. Esto puede suceder tanto cuando el líder es elegido en forma democrática y expresa el sentir de la gente como cuando es un mero intermediario o cacique. En ambos casos, se rompe el proceso de participación.

Organizaciones en el barrio

Son organizaciones no concebidas por gente del barrio, en las que el barrio no es el protagonista ni están primordialmente en función de los intereses del barrio. El sujeto impulsor puede vivir en el barrio, pero su lealtad de fondo no es con la gente del barrio; es sólo intermediario. Por eso estas organizaciones son unidireccionales y verticales. Están enmarcadas en una relación paternalista que no hace al pueblo sujeto de su propia transformación.

Son organizaciones clientelistas, expresión del populismo. Establecen una relación asimétrica, opresiva y ambigua. La asimetría se da porque el que establece o coapta la organización se presenta como el que sabe, como el que tiene vínculos y poder, como el que pone en contacto a la organización con el gobierno y su burocracia o con algún bien civilizatorio apetecible y aun necesario para la gente del barrio. La ambigüedad estriba en que esto no lo lleva a cabo

según el espíritu democrático, sino en base a una factualidad que se presenta como la constitución real al margen de la proclamada. En ella él tiene una cuota de poder y está dispuesto a negociarla con ellos a cambio de su apoyo. A nivel de papeles todo está en regla, pero de hecho, los miembros de la asociación son sustituidos por el gestor que aparece como su representante. En este tipo de relación no hay verdadera lealtad; ambas partes siguen el juego, y en él cada quien intenta sacar su propio provecho e incluso ganar más que el otro.

Estas organizaciones son muy frecuentes en el barrio. Es más, se puede decir que lo que hay en el barrio de las organizaciones públicas características de la ciudad (sean o no estatales) adolece por lo común de este esquema clientelar. Ese es frecuentemente el modo de funcionar de las instituciones educativas, de salud o religiosas, más aún obviamente de los comités de partido y aun de las juntas de vecinos.

Como norma general, estas organizaciones consideran al barrio como meros clientes o destinatarios de sus acciones. No se consideran responsables ante los vecinos. Establecen que por hipótesis sus propuestas son provechosas para el barrio, aunque su finalidad de fondo no sea el bien del barrio sino su propia institución y en ella su propio status y representatividad. No acceden a discutir su agenda ni su desempeño con sus habitantes; menos aún aceptan una corresponsabilidad con ellos. Aunque

sí se buscan unos adláteres que den visos a su acción de inserción, participación y democracia.

No dudamos en afirmar que el clientelismo, actuado sin cesar por los representantes de la figura histórica vigente e introyectado por los vecinos, es el principal obstáculo para que surjan y sobre todo para que se mantengan las organizaciones de barrio y también es el culpable de la débil densidad organizativa de estas zonas urbanas. Este esquema está tan connaturalizado, tanto en los representantes de la ciudad, como en los vecinos del barrio, que se lo actúa sin premeditación y se lo acepta espontáneamente: tanto unos como otros no conocen otro modo de relación. Pero esta relación es débil porque el barrio es una realidad no querida por la ciudad, con la que se transige y a la que se concede lo indispensable para que se mantenga la afiliación.

Organizaciones del barrio

Se generan en el ámbito barrial, son gerenciadas democráticamente por los habitantes del sector y se encaminan a edificar la vida desde ellos mismos, en la lucha contra las fuerzas de muerte que los amenazan. Éste puede ser el caso de organizaciones de vecinos, clubes deportivos, comités de salud, cooperativas de muy diversa índole, grupos religiosos... Lo que cualifica a estas organizaciones como de barrio no es el contenido sino su carácter autogestionario y el objetivo de fondo que es el fomento de la vida

en sus diversos niveles. No es imprescindible que sean completamente autóctonas: la historia no parte de cero. Incluso puede tratarse de una organización estandarizada, por ejemplo, una institución educativa; aun así puede ser una organización del barrio, si entre las personas que la llevan muchas son del barrio, si la comunidad educativa la asume y se encarga efectivamente de ella y si se adapta para que los habitantes asuman como sujetos los bienes civilizatorios que trasmite la escuela.

Estas organizaciones, por el modo como se llevan, no sólo responden a las necesidades comunitarias, sino que inciden en la formación de las personas, dándoles oportunidad de descubrir y desarrollar sus valores y de ser creadoras de proyectos concretos de vida. Complementariamente cada quien aprende a ir reconociendo el valor del otro en el grupo.

Cuando la gente tiene una experiencia democrática auténtica, que lo hace verdadero sujeto, se mueve a gusto en este esquema, y no sólo se preocupa de que el grupo camine según este espíritu y estos criterios, sino que es también muy cuidadosa de conservar las formas y los procedimientos.

A través de este tipo de organizaciones, las personas del barrio aprenden también la negociación con los organismos burocráticos en plan de igualdad. Aprenden a no dejarse engañar ni mediatizar. El punto de partida es que no se consideran ni son considerados sujetos de derecho y que lo que reciben es un favor personal del gobernante o del funcionario, que requiere ser recompensado con el apoyo no deliberante a sus proyectos particulares. Es el esquema del clientelismo. En estas organizaciones democráticas los habitantes del barrio adquieren conciencia de sí, es decir, de la estima que se merecen y de sus derechos; más aún, alcanzan su condición de sujetos sociales. Al entrar a este nuevo horizonte se hacen cargo de que la burocracia estatal debe estar a su servicio, y con el apoyo de la ley tratan de hacer valer sus derechos. Ponen todo su empeño en lograrlo. En esta pelea democrática es de gran ayuda el entrenamiento adquirido en la marcha del grupo, aunque es mucho más lo que aprenden en el curso mismo de la negociación, si la llevan

a cabo con tenacidad, sagacidad y sin ceder al esquema clientelar.

Un aspecto que es preciso tener en cuenta en los grupos y las organizaciones es la ambigüedad inherente a la realidad histórica. Nada es absolutamente puro; lo bueno y lo malo se dan simultáneamente. La ambivalencia no proviene sólo de que existen dinamismos opuestos, tanto al interior de la persona como de la organización, sino de que incluso lo bueno es limitado y contiene efectos indeseados. Conforme la organización se extiende y complejifica, la ambigüedad se espesa. Si el imaginario inconsciente contiene un ideal de pureza absoluta, el proceso del grupo se verá inevitablemente como una decadencia y muchos abandonarán el grupo porque "ya no es como antes". Pero si desde el comienzo se es consciente de la ambigüedad irremediable de todo lo humano, el cuidado se dirigirá a maximizar lo bueno y a minimizar lo malo, con un margen realista de tolerancia, que dé oportunidad a las personas para procesar y depurar sus tendencias y que posibilite que ellas y el grupo como tal se muevan en un clima de libertad, sin el que, ni maduran las personas, ni perduran los grupos.

Otra consideración sociológica pertinente es que en toda comunidad humana extensa se pueden encontrar, por lo menos, tres subgrupos: el que lidera el proceso; los que con pasividad más o menos acentuada esperan recoger sus frutos; y los que se oponen, abierta u ocultamente, para establecer otro tipo de dinamismo. Los que se identifican con la marcha del grupo, no pueden identificarse tanto con lo que llevan entre manos que les impida percibir que ellos no representan sin más a todos, ya que en la comunidad global existen diversas tendencias. Ser conscientes de esto es fundamental para no ensimismarse en el grupo o en la organización, y para emprender un diálogo permanente con la comunidad humana no asidua al grupo, no sólo como acto elemental de realismo sino para contar con ella e interesarla en cuanto sea posible.

Cuando en el barrio nace una organización realmente democrática, que expresa un nuevo tipo de poder, los poderes tradicionales (caciques del

lugar y políticos), que normalmente casi no se hacen sentir porque dominan en pacífica posesión, actúan con virulencia oponiéndose tenazmente a ella (ya que no pueden coaptarla) utilizando diferentes procedimientos de presión (calumnias, boicots, ataques...), que producen fuertes desgastes. Es muy importante resistir. De lo contrario el descenso del movimiento popular es terrible.

Si se logra superar el embate de estos grupos opresores, el grupo entra en una nueva etapa, ya que entonces este nuevo poder victorioso es de algún modo hegemónico en la zona. Esta nueva etapa es bastante compleja porque con frecuencia el grupo no buscaba ninguna hegemonía ni está preparado para ejercerla, y además suele ocurrir que las expectativas de la gente respecto del grupo resultan desmesuradas, ya que pretenden mantener con él la misma relación receptora de beneficios y sin protagonismo que habían mantenido con los poderes tradicionales. Por eso en este momento el grupo tiene mucho peligro de frustrarse por no poder responder a las expectativas de sus vecinos, y si intenta readaptarse para satisfacerlas puede quedar reabsorbido por los mecanismos tradicionales.

Para consolidar las organizaciones del barrio es importante el contacto con otros organismos genuinamente democráticos que existen en la ciudad, aun con los peligros que esto encierra. Si la organización del barrio desborda el barrio, requiere el concurso de otros organismos de la ciudad o nacionales o incluso internacionales. Eso significa que la organización debe abrirse, ante todo, a otras organizaciones barriales de la misma ciudad y del país; pero también a otras instancias; tiene que aprender a dialogar con otras organizaciones, con profesionales. Esto no es fácil para los habitantes de un barrio. Y tampoco es fácil que la contraparte del barrio se mantenga en la línea democrática porque la gente de la ciudad tiene la propensión de considerar al del barrio como menor de edad.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO, DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA